

CAPÍTULO XI. Del fin y muerte que tuvieron tres religiosos de la orden de San Francisco que se quedaron en la Isla de Guadalupe, entre los indios idólatras de ella, pasando a las Indias



EL AÑO DE 1605 FUERON RELIGIOSOS DE San Francisco a las Indias de la Nueva España, y otros juntamente con ellos para pasar a las Islas Filipinas donde de ordinario han sido pedidos para la conversión y enseñanza de aquellas gentes. Haciendo, pues, su navegación con deseo grande de hallar mies suficiente para ejercitar su buen espíritu llegaron a la Isla de Guadalupe, que es lugar donde las flotas de Indias de presente paran, a rehacerse de agua y de otro algún refresco; y como la cosa que más se desea en la navegación es la tierra, llegados a ésta salieron a ella muchos, entre los cuales fueron tres religiosos de los ya dichos que pasaban a la China, los dos sacerdotes y el uno lego. Viéndose en este lugar y ganosos y encendidos en deseo de convertir almas, se metieron una legua la tierra adentro, siguiendo las riberas de un río grande que sale de las faldas de la dicha sierra. En este paraje hallaron una población pequeña de solas veinte casas (porque según relación verdadera en toda la isla no hay otro lugar formado de ellas) llegados aquí saludaron a sus moradores y con semblante alegre les hablaron. Los indios, que como idólatras y salvajes no repararon en el respeto que los cristianos tienen al hábito sagrado de mi glorioso padre San Francisco, siguiendo su bestial barbaridad en vez de acariciarlos los prendieron con desprecio y los desnudaron de sus pobres y humildes hábitos y los dejaron con solos los paños de la puridad. Y tres de los más principales de ellos se repartieron entre sí los tres dichos religiosos; y aunque les mandaban como a esclavos les daban de comer lo mismo que ellos comían.

La gente de la flota, habiendo reparado su necesidad se volvió a los navíos; y como en el de los religiosos echaron menos a los tres fue grande la turbación que sintieron aunque hicieron muchas diligencias para buscarlos no bastó ninguna para hallarlos. Con esta imposibilidad y desconuelo siguieron su viaje con notable sentimiento de todos los que en la flota venían. Los pobres religiosos que en tierra quedaban servían a sus amos en las cosas que se les mandaba; y con el contrario temple de la tierra y andar desnudos y apaleados, y diferencia de viandas, que era del cazabi que estas gentes tienen por pan y otras cosas, a la nación española desacostumbradas, vinieron a desflaquearse y perder mucho de las fuerzas naturales; en especial uno de los sacerdotes (cuyo nombre ignoro) y cayó en una larga y prolija enfermedad. El amo, que no quería curar a su criado como médico, sino servirse de él como de esclavo, viendo que no sanaba y que no merecía el pan que comía, determinó de matarle; y un día tomó una hacha de hierro en sus manos y vino para él determinado a quitarle la vida. El humilde religioso, que le vido venir y conoció su determinación, aunque

siempre se encomendaba a Dios y rezaba, dobló en esta ocasión sus oraciones y hincándose de rodillas levantó sus manos y ojos al cielo, aguardando la muerte. El bárbaro caribe, no reparando en el humilde y devoto acto, antes ciego de su pasión (que es propia de tiranos) le hirió con la hacha fuertemente en la cabeza, de la cual herida murió luego el religioso, quedando tendido a los pies de este carnicero lobo aquel manso cordero que aun para balar no le quedó aliento.

Los otros dos que quedaron servían a sus amos con agrado y contento de ellos. Y en otra ocasión, que en el año siguiente se ofreció de pasar por allí flota, ordenó el cacique, amo del dicho religioso lego, con parecer y acuerdo de los otros principales que él, con otros dos criados de su casa, entrasen en una barquilla que llaman piragua y fuesen al general de ella, a pedirle de su parte y de la de los demás de la isla que tuviesen trato y comercio con los moradores de ella, porque querían paz con los españoles y hacerse cristianos. Pero zozobrando la piragua o barquilla (con un poco de temporal recio que les sobrevino) se trastornó y a nado volvieron a salir todos tres a tierra. Aquí se apartó el fraile de los indios y metido por lo espeso de la montaña nunca más le vieron, y así no tuvo efecto la embajada que llevaban. Súpose después que mataron a este dicho religioso en la misma isla, por ser imposible escaparse de ellos, no habiendo paso por tierra para otra parte y siéndole forzoso buscar la comida para sustentar el cuerpo.

Fray Blas (que así se llamaba este tercero religioso y era lector de artes en el convento de San Francisco de Córdoba, de la provincia de Granada, cuando hizo esta jornada) como hombre sabio supo servir tan bien que tuvo gracia con su amo; y aunque le hacía servir como a esclavo le regalaba como a hijo. Este bárbaro tenía familia y hijos, y enfermándole uno que mucho quería dijo a fray Blas: tú me dices siempre que tu Dios es todo poderoso, y siéndolo no le será dificultoso sanar a mi hijo; pídele que así lo haga, que en ello recibiré todo el placer imaginable. Fray Blas, que fiaba en Dios y lo atendía a la infidelidad del bárbaro que lo pedía, hízole oración devota, pidiéndole en ella, lo que el indio demandaba para que por este medio aquella idólatra gente creyese, y su nombre santísimo fuese conocido y ensalzado. Hecha esta oración dijo sobre él un Evangelio y luego, milagrosamente, fue sano el enfermo. Con este milagro y con las continuas persuasiones y amonestaciones de fray Blas, este cacique y los demás moradores de aquella isla determinaron de convertirse a la fe de Jesucristo, y fundar casa al religioso y hacer iglesia para rezar en ella; y para esto señalaron sitio, deseando mucho tener paz y amistad con los españoles. Esto así determinado pareció a los indios dar parte y cuenta de esta su determinación a los de la Isla Dominica, que son sus convecinos; y para esto fue allá el amo de fray Blas y lo llevó consigo, y oídos entrambos de los moradores de la dicha isla, con haber sido siempre guerreros y enemigos nuestros consintieron entonces en esta determinación; y sentadas condiciones y hecha confederación entre todos, llegó un navío de franceses con mercaderías y cosas que aquellos indios rescatan a precio de otras de la misma isla. Fray

Blas, que vido la ocasión y sabía que por sí mismo no podía conseguir las cosas que con los indios había tratado, determinó de salir a tierra de cristianos para dar razón de lo hecho y volver con ornamentos y avío para decir misa y ejercitar las cosas concernientes a los sacramentos y fe de Jesucristo. Y concertándose secretamente con un francés, se metió en el navío, en el cual vino a Puerto Rico con ánimo de pasar a España a dar cuenta de todo a sus prelados; y como era hombre docto y muy ejemplar religioso, el gobernador de la isla le rogó se quedase la Cuaresma, que de próximo venía a predicarles. Movido este religioso de sus ruegos se quedó allí para este efecto; y como los trabajos pasados habían sido muchos y por ventura no había llegado la hora del llamamiento de aquellas gentes, fue Dios servido que adoleciese de una grave enfermedad, de la cual murió quince días antes del Miércoles de la Ceniza, con opinión de muy bendito y ejemplar religioso. Fue sepultado su cuerpo con grande veneración en un sepulcro honroso. Éste fue y predicar su santo nombre; salieron de sus tierras y provincias y pasaron estos trabajos dichos. Sea Dios alabado y bendito que sabe todas las cosas y los fines que a los hombres mortales están determinados.

CAPÍTULO XII. *De la muerte de otros dos religiosos de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY ANDRÉS DE LA PUEBLA, SACERDOTE y confesor antiguo de la provincia de Castilla, vino a esta de el Santo Evangelio, movido de el celo que otros muchos siervos de Dios trajeron de la salvación de las almas. En ella trabajó fielmente muchos años, viviendo ejemplar y loablemente y siendo amado de todos por su religiosa conversación. Fue bien probado en la virtud de la paciencia, en cierta persecución que tuvo muy grave, que pedía estar muy llegado a Dios para sufrirla y tolerarla. Fue éste un preparativo para lo que después había de padecer ofreciendo la vida por amor de Jesucristo y por la salud de las almas, redimidas con su preciosa sangre; porque inflamado con fervor de espíritu en este celo y deseo, pasó en su última vejez a la custodia de Zacatecas, con intento de no parar hasta el Nuevo Mexico (que entonces se trataba de su descubrimiento) a convertir aquellos bárbaros infieles. Y como no se aparejase aún en aquella sazón el viaje para allá, siendo actualmente guardián en la villa que llaman Sombrerete, pidió licencia al custodio para ir a predicar el Evangelio a otros bárbaros que deseaban recibir la fe en cierta parte que llaman Tópia. Alcanzada la licencia, siguiendo su camino para allá, lo mataron los chichimecas infieles, azotándolo crudamente, colgado de un árbol; y después de asaeteado le desollaron la cabeza como lo tienen de costumbre. Despidiéndose este siervo de Dios en la ciudad chichimecas. Murió de la manera dicha, año de 1586.